



LOS AÑOS VIEJOS

X. Andrade | María Belén Calvache | Liset Coba | Martha Flores | Ángel Emilio Hidalgo | Carlos Tutivén Román | María Pía Vera
Fotografía: Álvaro Ávila Simpson | François Laso | Florencia Luna | Jorge Vinuesa G.

PACO MONCAYO GALLEGOS
Alcalde Metropolitano de Quito

CARLOS PALLARES SEVILLA
Director Ejecutivo del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito

FONSAL, 2007

Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito
Venezuela 914 y Chile / Telfs.: (593-2) 2584 961 / 2584 962

LOS AÑOS VIEJOS

Autores

X. Andrade, María Belén Calvache, Liset Coba, Martha Flores,
Ángel Emilio Hidalgo, Carlos Tutivén Román, María Pía Vera

Fotografía

Álvaro Ávila Simpson, François Laso, Florencia Luna, Jorge
Vinueza G.

Coordinación Editorial

Alfonso Ortiz Crespo

Editora

María Pía Vera

Diseño y diagramación: TRAMA

Dirección de Arte:

Rómulo Moya Peralta, Arq. / TRAMA

Arte:

Verónica Maldonado Dávila / TRAMA

Gerente de Producción:

Ing. Juan C. Moya Peralta / TRAMA

Preprensa: TRAMA

Impresión: Imprenta Mariscal

ISBN: 978-9978-92-523-2

Hecho en Ecuador, Octubre 2007

© **TRAMA**

Juan de Dios Martínez
N34-367 y Portugal
Quito - Ecuador
Telf.: (593 2) 2246315
Fax: (593 2) 2246317

www.libroecuador.com
www.trama.ec
editor@trama.ec
info@trama.ec

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro sin la expresa aprobación de los autores.

LOS AÑOS VIEJOS

X. Andrade | María Belén Calvache | Liset Coba | Martha Flores | Ángel Emilio Hidalgo | Carlos Tutivén Román | María Pía Vera
Fotografía: Álvaro Ávila Simpson | François Laso | Florencia Luna | Jorge Vinueza G.

Contenido

Primera parte

Repensar el orden del mundo. Estudio introductorio María Pía Vera	7
Años viejos. Origen, transición y permanencia de una fiesta popular ecuatoriana Ángel Emilio Hidalgo	31
La fiesta de Inocentes y Año Viejo. Una síntesis de costumbres desvanecidas Martha Flores	51
Inocentadas, diablos, monigotes... Momentos de una transición María Belén Calvache	77
Política y vandalismo institucionalizado en la práctica de los años viejos X. Andrade	97
Fin de Año: noche de viudas alegres Liset Coba	117
Visualidad, estética y poder en los años viejos contemporáneos de Quito y Guayaquil Carlos Tutivén Román	143

Segunda Parte

El fuego de antes y el de hoy: Teniente Telmo Méndez – Guápulo Florencia Luna	178
Quemando el tiempo – Sur Álvaro Ávila Simpson	216
La Junín, calle de pulso lento – Centro Jorge Vinueza G.	256
Creando el último día del año – Norte François Laso	306
Viudas y viejos Jorge Vinueza G.	342

1: Cobertizo iluminado, forrado con ramas de eucalipto y encendido por la música de un D.J.; allí reposan en espera de su inmolación varios años viejos. Quito, 2006. Foto: Florencia Luna.

Años viejos. Origen, transición y permanencia de una fiesta popular ecuatoriana

Ángel Emilio Hidalgo*

La fiesta de los años viejos es una expresión sociocultural arraigada en la vida de los ecuatorianos. El último día del año, en nuestro país se celebra un ritual de fuego que representa la muerte o culminación de un ciclo y el nacimiento de otro. En los barrios, calles, avenidas, plazas y lugares públicos del país, las personas se reúnen y en medio de vivas, abrazos y manifestación de buenos deseos, cuentan los minutos para que termine el año y quemar entonces al Año Viejo, mientras expresan su intención de dejar atrás los momentos negativos y sostenerse en la esperanza de un nuevo año más propicio y favorable.

A pesar de que su origen se pierde en el tiempo, esta tradicional fiesta no ha permanecido estática, sino que ha sabido adaptarse a las condiciones actuales. Por eso, seguir los rastros de su origen y proceso histórico es un camino que inevitablemente nos llevará a reconstruir un pasado familiar y observarnos en un dinámico presente.

Los orígenes de la fiesta

Son pocos los documentos que aluden al origen de la fiesta de Fin de Año. Abundan, en cambio, relatos que nos remiten a periodos diferentes de la historia, que sugieren diversas fuentes y puntos de inicio de esta

1: Primera página, *El Grito del Pueblo*, Año XV Nº 5557. Guayaquil, enero 1910. En esta publicación aparece el poema titulado "Al Año Nuevo" de César Borja:

¡Niño glorioso! Al esplendor primero / de la luz, vencedora de la noche, / junto al carro del Sol viene tu coche / y el fresco soplo del naciente enero.

Todos te aguardan en el mundo entero; / nadie murmura contra ti un reproche / y hasta las flores de virgineo broche / ábrense a verte, ¡triunfador arquero!

Ven y en torrentes de esplendor derrama / tus dones áureos sobre el ancho mundo / que en fausto y pompa y vanidad gravita.

Ya la feliz humanidad te aclama / y retruena en el ámbito profundo / en salvas para ti, la Dinamita...

* Historiador e investigador del Archivo Histórico del Guayas.

inveterada costumbre. La versión más antigua que escarba en los orígenes de los años viejos nos la ofrece el cronista e historiador guayaquileño Modesto Chávez Franco, en el relato “El verdugo”, de sus *Crónicas del Guayaquil Antiguo* (1930). Chávez Franco insinúa que el nacimiento de esta costumbre popular hay que encontrarlo en el simbólico proceso inquisitorial contra el judío que se desarrollaba en Semana Santa, como recordatorio de la traición de Judas Iscariote¹, y que los misioneros españoles introdujeron en tiempos de la Colonia:

Pero eso sí: Guayaquil ha quemado muchísimos judíos. Fue hasta no hace mucho una de las distracciones populares que nos enseñaron los misioneros, simbolizando siempre algo de lo que debíamos odiar con santo odio, si hubiera algún odio santo.

Y ya que no había Inquisición para judíos judaizantes ni para relapsos, brujos ni hechiceros, nos hacían unos muñecos grotescos rellenos de pajas y virutas y cohetes y pólvora, tal como los actuales años viejos, y colgados de sogas que atravesaban las plazas en los días de festividades religiosas, se les prendía fuego por la noche; y meneándoles la soga para hacerlos dar piruetas eran el deleite de la chiquillería y las buenas gentes del pueblo. Los diablicos eran otros muñecos ensartados en largas varas, con los que corrían los pilluelos en torno de la plaza causando no pocas veces principios de incendio en los techos pajizos. Los arcos de papeles abollonados sobre cañas rojizas, con hilos de estambre, oropeles, espejitos, pañuelos y cuadros y farolillos con cintas chillonas y que hasta hoy se hacen en algunos pueblos en fiestas, fueron también creaciones de religiosos para amenizar las fiestas de iglesia.

¡Quémate, judío;
quémate hasta el hueso;
que para tu crimen,
poco es el infierno!

Estos fueron los judíos que quemamos; estas nuestras ejecuciones inquisitoriales. Judíos de verdad, ninguno; hasta ahora, que hay tantos y algunos con suficientes méritos.” (Chávez, 1998 (1930):358).

Repárese en que Chávez Franco dice que fueron los misioneros quienes “nos hacían unos muñecos grotescos rellenos de pajas y virutas y cohetes y pólvora”; es decir, sostiene que la costumbre de elaborar muñecos de este tipo vino de España. También da a entender que la “quema del judío” es el antecedente de los años viejos. Sin embargo, Chávez no cita ninguna fuente documental que probaría dicho aserto. La historia que escribe en sus crónicas emana siempre de la oralidad, sujeta a la transmisión de generación en generación, proviene de las memorias de los antiguos; por lo tanto, no es su intención –y esto hay que entenderlo– documentar con exactitud sus crónicas.

Rodrigo Chávez González, “Rodrigo de Triana”, periodista e historiador, hijo del anterior, publicó en 1961 una crónica en la que narra un episodio ocurrido en 1871, que le fue transmitido por su abuela materna. Ese relato oral aparentemente registra la fabricación de un año viejo de carácter político, en el contexto de la oposición que mantenían los liberales frente al gobierno de Gabriel García Moreno:

La celebración del último día del año en ese 1871 era muy peligrosa en Guayaquil, ya que había orden terminante de la autoridad policial para que, dado el “toque de queda”, nadie saliera a la calle, pues que don Gabriel (el tirano) temía que con pretexto de la celebración de la Navidad y el Año Nuevo, reventando cohetes y quemando “años viejos”, se levantaran los liberales y aprovecharan del común regocijo para alterar el orden férreo y la disciplina conventual que peor que en la época colonial había establecido en el Ecuador. El año anterior ya fue bastante restringido; pero el 71 se había leído un bando del Intendente en que constaban amenazas de terribles represalias, con la consiguiente excomunión para el infractor.

Unos jovencitos entusiastas, que habían confeccionado un muñeco gracioso, fueron a la Intendencia a pedir permiso para quemarlo. El intendente pidió ver el muñeco, y como lo encontrara ligeramente parecido a don Gabriel, dispuso que se hiciera pedazos y mandó por cuarenta y ocho horas a la cárcel a los mozalbetes².

Hay dos elementos interesantes que giran alrededor de las características de la fiesta del Año Viejo, más allá de la verosimilitud de la historia: el primero es la dimensión política, que en el siglo XIX ya parece jugar un rol importante, y el segundo es el contraste que establece el cronista entre la religiosidad y el carácter profano o secular de los muñecos. En ambos casos, los años viejos se convierten en elementos perturbadores del orden, objetos que con su presencia desafían la institución y ponen en riesgo el control de la norma.

Ese carácter potencialmente “subversivo” de los años viejos va a condicionar, en mayor o menor medida, su impacto en la esfera pública. Algunas veces, el mensaje político va a ser subliminal, otras, más evidente. Claro que esto va a depender del emisor, las condiciones y los acontecimientos. Lejos de lo que podría pensarse, la carga de politicidad de los años viejos no es reciente. No obstante, lo que no queda claro es cómo y cuándo una representación ligada a lo religioso, logró desplazarse hacia territorios más profanos.

Posteriormente investigadores del fenómeno como el historiador Rodolfo Pérez Pimentel, no aportan mayor información. Pérez introduce algunos añadidos pintorescos al relato de Chávez Franco, como el concurso de diversos personajes, en el simbólico “auto de fe” del juicio de Semana Santa:

[...] desde los que hacían de Corchetes o Alguaciles custodiando al muñeco para que no escape, hasta los impecables jueces que dictaban la condena, mientras la muchedumbre esperaba el sainete y oía los discursos bulliciosamente, pidiendo a gritos el castigo del culpable, que pronto ardía en la hoguera de leños, mientras la gente bailaba y brincaba en sus contornos, disfrutando de la luz y la claridad del fuego (Pérez 1988:33).

El relato historiográfico de Pérez Pimentel acusa elementos controvertibles como el supuesto hecho de que “el juicio del año se quemó en Guayaquil hasta bien entrado el siglo XX” (Ibídem). Pérez es el único tradicionalista que afirma esto, pese a que desde inicios del siglo XX, los periódicos guayaquileños ya recogen la celebración del Año Viejo, con su nombre propio, como veremos más adelante.

Martha Tomalá de Florencia, otra investigadora, publica en 1972 un artículo periodístico sobre el origen de los años viejos³. En él, sostiene que el español Pedro Miller “en sus crónicas de viaje anota que en el año

1870, al llegar al Ecuador, ya se practicaba esta costumbre. [...] y era el populacho –continúa–, compuesto de aborígenes y mestizos de bajo estrato social, el que monopolizaba esta incineración”.

Tomalá de Florencia también se pregunta sobre los posibles vínculos de los años viejos ecuatorianos y Las Fallas de Valencia⁴, en España. Indica que en la publicación *Costumbres de Guayaquil* (no cita autor), se dice que “los muñecos fueron introducidos por españoles valencianos y andaluces”. No obstante, también apunta que “los aborígenes de nuestro país acostumbraban hacer grandes pacas con la vegetación que ya había dado sus frutos, quemándolas, en un ritual que practicaban al comenzar la época de lluvias”.

A pesar de los esfuerzos por esclarecer los sombríos orígenes de los años viejos, todo queda en el plano de la especulación y la leyenda, al no existir pruebas que corroboren cualquiera de las hipótesis planteadas. Lo único cierto es que en el siglo XIX, los años viejos ya se quemaban en Guayaquil, tal como lo indica la documentación más temprana recogida en este estudio.

Primeras evidencias de la celebración de los años viejos

En diciembre de 1897, un año después del “incendio grande” de 1896 que asoló Guayaquil, el naturalista italiano Enrico Festa tiene la oportunidad de ser testigo de un espectáculo impresionante:

La noche del 31, las calles de Guayaquil están llenas de gente del pueblo alegre y ruidosa que festeja el año que muere y la llegada del nuevo. Muchos enmascarados, en grupos, llevan fantoches que representan el año a punto de morir, y les hacen un grotesco cortejo fúnebre. A media noche, salvas de artillería, disparos de petardo, alegre repique de campanas saludan al nuevo año (Festa 1993:400).

En su libro *En el Darién y el Ecuador. Diario de viaje de un naturalista*, Festa describe con minucioso detalle, el movimiento nocturno de la gente que se desplaza por las calles de la ciudad. Tres son los elementos del ritual enumerados por Festa: las máscaras, los muñecos y el cortejo. Destaca el protagonismo “alegre y ruidoso” de los celebrantes a su paso por las calles, disfrazados y en grupos, que celebran la marcha del tiempo. Su origen social está claramente identificado: es “gente del pueblo”, es decir, personas de bajo estrato socioeconómico.

Ese carácter “de pueblo” que Festa anotara en su diario de viaje también va a ser resaltado en las crónicas periodísticas de inicios del siglo XX. No obstante, lo más importante del testimonio de Enrico Festa posiblemente es lo que éste calla, y tiene que ver con la voluntad de los obstinados guayaquileños de seguir celebrando la quema ritual, a pesar de lo fresco que estaba en la memoria colectiva el pavoroso incendio de octubre de 1896, que dejó en escombros a buena parte de la ciudad y cobró la vida de muchas personas.

A primera vista resulta difícil entender la mentalidad de estos ecuatorianos que decidieron exponerse nuevamente a un peligro de tal naturaleza; no obstante, a través de estos hechos, constatamos la importancia que tiene dicho elemento en el imaginario de los habitantes de Guayaquil, al punto que podemos decir que, históricamente, la ciudad fue moldeada por la acción del fuego.

De hecho, el fuego siempre fue un arma importante para combatir las pestes y epidemias que se ceñían sobre el puerto. En 1842, cuando la fiebre amarilla hacía sus estragos, muchos vecinos quemaron grandes atados de ropa en los extramuros de la ciudad:

En la vieja carreta del aseo de calles, la carreta de la basura que, según Su Señoría ha dispuesto, debe recoger los despojos de los apestados difuntos, es decir, colchones, almohadas, sábanas, ropas, etc. etc. y transportarlos a la Sabana para ser quemados fuera de la ciudad y evitar así un posible contagio [...] Y allá en la Sabana pueden verse centenares de montecillos formados de estos desechos que arden día y noche⁵.

No podemos, sin embargo, aventurarnos a relacionar la costumbre de fabricar monigotes con la incineración de las pertenencias de los contagiados, aunque nos imaginamos que ese fatídico año de 1842 se lo quemó “con ganas”. Sí consta, en cambio, la familiaridad de los guayaquileños con el fuego y la profunda raigambre que la fiesta de los años viejos ya tenía en el siglo XIX, como se extrae del testimonio de Festa, y a pesar del terrible incendio que sufriera la ciudad un año antes, en 1896.

El 1º de enero de 1898, el redactor del periódico *El Grito del Pueblo* describió lo que ocurrió el 31 de diciembre de 1897, en el centro de Guayaquil:

[...] los relojes públicos dan las doce, y se oye la salva de cañonazos de la artillería, se echan a vuelo las campanas de la ciudad, los vapores fluviales pitan, revientanse petardos y concluimos afortunadamente las carillas⁶.

El párrafo es interesante porque permite leer entrelíneas el agitado pulso de la ciudad moderna, la que se entrega a la celebración y el júbilo de Fin de Año, al tiempo que el reportero parece mezclarse con el ruido de la escena y la velocidad de los acontecimientos que afuera transcurren.

No es muy común encontrar crónicas sobre los años viejos en los periódicos de estos años. Su publicación dependerá, en buena medida, de la sensibilidad del redactor o corresponsal hacia una expresión que en esos tiempos es más propia de los sectores subalternos que de otros grupos sociales. Por eso, cuando se narra la fiesta, casi siempre se enfatiza su carácter popular.

Un acontecimiento que mereció la atención de los periodistas fue la llegada del siglo XX. El 1º de enero de 1901, el diario *El Tiempo* de Guayaquil publicó una serie de informes sobre la jornada del 31 de diciembre de 1900, cuando se despidió el siglo decimonono:

Por las calles de “Colón” y “Caridad” unos muchachos cargaban un muñeco de regulares dimensiones que representaba el Año Viejo. El cortejo era numeroso; la mayor parte enmascarados, que lloraban, se lamentaban y decían un montón de adefesios en referencia al pobre anciano.

A las 9 varios individuos del pueblo se encontraban en una tienda de la calle de “Chandu”, velando un muñeco que representaba el siglo XIX.



2



3



4

En la calle de “Bolívar”, se encontraba también otro grupo llorando el año y siglo viejo, y a todo transeúnte le pedían una peseta para comprar velas. A las 10, en la intersección de las calles “Clemente Ballén” y “Santa Elena” había otro gran número representando al siglo XIX [...]7.

El reportero de *El Tiempo* hizo un notable trabajo de observación y pudo constatar que los muñecos de aserrín y paja se quemaron “en casi todas las calles de la ciudad”8. De esta forma, el evento trascendió la cotidianidad, a propósito del cambio de siglo, y los años viejos recibieron por primera vez la atención de la prensa escrita, obteniendo visibilidad en un medio público.

Testamentos, años viejos y sociabilidad barrial

A inicios del siglo XX, la fiesta de los años viejos ya era reconocida como una tradición que invadía la cotidianidad del grupo familiar, el barrio y la ciudad. El último día del año se escenificaba un ritual funerario, con un monigote del “viejo” como figura central. A la entrada de la casa, generalmente al pie del zaguán, sentaban al muñeco de trapo relleno con viruta y aserrín, se prendían velas alrededor suyo y minutos antes de las 12 de la noche del 31 de diciembre, se leía el testamento en medio de bromas y frases picarescas que generalmente aludían a familiares y vecinos.

La despedida del siglo XIX, el último día de 1900, se efectuó en casi todos los barrios de Guayaquil. Unas pocas horas antes de la medianoche, los más jóvenes recorrieron las calles en murga o procesión, pidiendo “una peseta para comprar velas” o “una caridad para el año viejo”, en medio de un atiborrado cortejo: “la mayor parte enmascarados, que lloraban, se lamentaban...”9.

Uno de los elementos que con el paso del tiempo se perdió fue el uso de las máscaras, costumbre ligada a ciertas diversiones públicas que introdujeron los españoles, como los toros, el Carnaval, la fiesta de Inocentes en Quito, y toda la Sierra, y el Año Viejo en Guayaquil.

Cuando por decreto legislativo se crea en 1885 la Policía de Orden y Seguridad, dos de las contravenciones que sanciona la ley son el “uso de máscara contra lo prescrito en los reglamentos o en tiempo no permitido” y el “disparo de cohetes y armas de fuego en lugares públicos, fuera de los casos de la ley”10.

Claramente estas disposiciones estaban dirigidas a controlar los excesos que pudieran presentarse, especialmente por exaltaciones de carácter político. No obstante, podemos suponer que durante las fiestas de Fin de Año sí estaba autorizado el uso de máscaras, como sabemos por el relato de Festa y por la publicidad dedicada a este tipo de artículos que encontramos en la prensa de años posteriores al decreto.

En lo que concierne a las fiestas de Inocentes, su popularidad en la Sierra, especialmente en Quito, era notoria. Aunque para 1915, los años viejos probablemente ya habían sido adoptados en Quito, aunque el centro de atención permanecía aún fijo en los Inocentes11. El traslado de la costumbre de los años viejos a Quito seguramente se produjo con la llegada del ferrocarril y la correspondiente intensificación de las relaciones e intercambios culturales entre costeños y serranos desde 1908.

2: Niños exhibiendo su año viejo. *El Universo*, Guayaquil, 1 enero 1984.

3: Viuda, su atuendo revela un cambio en la moda femenina. *El Universo*, Guayaquil, 2 enero, 1968.

4: Caricatura por Robin. *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre, 1966.

Resulta interesante destacar cómo la prensa de inicios de siglo va a construir una determinada representación de los años viejos. La costumbre va a ser vista como “pueblerina”, razón por la que emerge tímidamente en las páginas de la prensa local. Así, la alusión al “pueblo” o “bajo pueblo” como el sector sustentador de la tradición, será constante:

Por doquiera le interceptaban el paso a los transeúntes, los chicos del bajo pueblo, que no pueden olvidar la tradicional e inveterada costumbre de salir con sus muñecos, que representan el año que se acaba¹².

Es necesario en este sentido, destacar el papel que cumple la primera generación de reporteros modernos, en su lenta apertura a la construcción noticiosa de “lo popular”. En 1914, en el periódico *El Guante*, surge una columna titulada “Mirando a la calle”, que mantiene informado al público sobre los sucesos diarios que vive la ciudad. Los acontecimientos narrados transcurrirán “en la calle” y la sensibilidad hacia lo popular, en el mejor de los casos, se fusionará con la habilidad del reportero para “capturar” la noticia.

Los años viejos se convertirán, para los periodistas liberales, redactores de estas columnas, en una llamativa fuente de curiosidades. Ellos atestiguarán con sorpresa –y así lo transmitirán– cómo esas costumbres “del vulgo” se extenderán con el tiempo. Los relatos, unos más vívidos que otros, hablan de grupos de enmascarados, paseos, murgas, velorios y testamentos leídos en los barrios:

Con el mismo entusiasmo y animación de otros años, se ha recibido el año de 1916. Desde las primeras horas de la noche, las calles centrales se vieron invadidas por numeroso gentío, que se detenía principalmente en las confiterías y salones, de los establecimientos elegantes de la ciudad o ya en los cines¹³.

La territorialización simbólica de los años viejos en el imaginario letrado de principios de siglo son los “barrios populares”, como lo expresa una crónica de 1916:

En los barrios populares, donde se conservan todavía los rezagos de viejas costumbres, la animación fue también muy considerable; con los tradicionales paseos de los muñecos de paja, que representaban el año viejo, los cuales fueron quemados a las doce, y alrededor de las mesitas de vendimia pasó el pueblo un rato solaz¹⁴.

Cuando el reportero habla de “rezagos de viejas costumbres”, establece una diferencia entre la costumbre de los “otros”: los sectores populares, y las prácticas modernas de los grupos ilustrados. Otros elementos interesantes de la cita anterior son, por un lado, el convencimiento de que los años viejos son una invención popular de antigua data; y por otro, aunque relacionados con los sectores bajos, no existe ninguna queja de la intervención del “vulgo” sobre el espacio público de la ciudad, literalmente tomado por los celebrantes. Más bien, los sectores económicamente más favorecidos parecen identificarse con esa iniciativa propia de la creatividad popular: al decir que se trata de paseos “tradicionales”, tácitamente las clases altas y medias están aceptando el carácter ecuatoriano o “propio” de dicha festividad, e incluso simpatizan con el “rato solaz” que

pasa el pueblo “alrededor de las mesitas de vendimia”, porque seguramente todos: propietarios y obreros, ricos y pobres, analfabetos y letrados, disfrutaban de los fuegos artificiales, la música y algarabía que impregnaban las calles, a propósito del término de un año y el principio de otro.

Hay que anotar que parte de la fiesta desde hace más de 100 años, es la lectura del testamento. Este formaba parte de un acto performativo que incluía el velorio del “viejo” y la correspondiente murga o bullicioso paseo por las calles del barrio y sectores aledaños, con el pedido de la “caridad” para enterrar al “muerto” o de “una peseta para comprar velas”, como se decía ya hace un siglo¹⁵, y la fingida exteriorización del dolor: “En la calle de ‘Boyacá’ encontramos un grupo de jóvenes llevando un año 1900 y los pobrecitos lloriqueaban; y decían que los abandonaba su padre, llamado Modesto!”¹⁶.

Uno de los elementos clave en la configuración de una sociabilidad barrial que se genera alrededor de la fiesta de los años viejos es precisamente el testamento. Hay que entender que los testamentos no sólo son un medio de expresión de la inventiva popular, sino un objeto de enunciación donde se expresan los desencantos del año que termina y se manifiestan sentidos que giran en torno a la idea del tiempo, como la percepción de cambio, transformación, muerte y renovación. Por ello, elaborar un testamento y leerlo en voz alta durante las últimas horas del año que culmina es un acto público que testimonia la conciencia de una historia compartida y se convierte en el testimonio vital de la memoria colectiva de la comunidad imaginada –para usar el término de Benedict Anderson–: el barrio, la ciudad, el país.

Algunos testamentos eran expuestos en las fachadas y muros de las casas, almacenes o en los postes de las esquinas, para que el transeúnte husmeador pudiera deleitarse con las ocurrencias y picardías de los ingeniosos del barrio:

A las 10, en la intersección de las calles “Clemente Ballén” y “Santa Elena” había otro gran número representando el siglo XIX, y en la puerta de la pulpería en que se hallaba, tendía un gran cartelón conteniendo el testamento de lo que le llega al siglo XX¹⁷.

Es lógico suponer que el contenido de estos testamentos no se limitaba únicamente a exponer a los vecinos a la risotada pública, con chanzas e insinuaciones jocosas –generalmente de doble sentido–, sino que también afloraba cierto discurso político o de crítica a la situación del momento. Tampoco es difícil imaginarnos los roces entre la autoridad y los celebrantes, especialmente en tiempos de campaña electoral, cuando los ánimos se agitaban, pues a menudo se producían verdaderas grescas entre los seguidores de bandos políticos contrarios.

La exageración o hipérbole y el doble sentido eran poderosos mecanismos retóricos utilizados en los testamentos. Y el tema político no resultaba ajeno a esa lógica. En la mencionada crónica de 1901, el monigote que representaba al año de 1900 llevaba el nombre de “Modesto”, lo que sugiere que el testamento contenía razones que explicaban el porqué del nombre elegido. Un comentario del reportero del periódico El Tiempo, aunque escueto, lo revela en buena medida: “Y en verdad que algo de modesto ha tenido el año de 1900”¹⁸.

Otro importante elemento a tomar en consideración dentro del análisis de los testamentos es el registro de habla. Definitivamente, estamos frente a un lenguaje coloquial que traslada la experiencia inmediata de la vida cotidiana. Por su origen popular, la estructura estrófica de los testamentos, si eran escritos en verso, debió haber sido la cuarteta, a modo de coplas o amorfinos; no obstante, la prosa siempre fue el género literario más utilizado.

El arqueólogo y periodista Ángel Véliz Mendoza, en una nota publicada en 1981, rememora los testamentos de los años veinte y rescata uno de origen montubio, “leído en una hacienda arriba de Vinces”. Si confiamos en el dato de su antigüedad, sería uno de los más antiguos testamentos conservados:

Pa que a su mujer coqueta le quite la comezón le dejo una buena veta a mi hijo Salomón.	A mi compadre Inocente le dejo er potro melao: que a caballo regalao no se le mira er diente.
Pa que la vea negra por haberme jorobao yo le dejo pa mi suegra las deudas que no hey pagao.	Dejo mi vaca lechera a la hija e Miguelón, y le dejo pa mi nuera, pa que cocine er fogón ¹⁹ .

Otro testamento que recogió Véliz, esta vez escrito en prosa y fechado en 1922, corresponde también al mundo de la oralidad montubia, ubicado en el mismo Vinces, población costeña conocida como “París chiquito”:

En Vinces, cabecera del cantón del mismo nombre en la provincia de Los Ríos, a los treinta y un días del mes de diciembre del año de mil novecientos veintidós, ante mi don Eloy, escribano de número, y testigos que al final no se expresarán ni quisieron que conste, dictó su testamento el señor Año Viejo del barrio de las calles Sucre y Bolívar, y que es del tenor siguiente: A mi hijo al que le dicen el Judío Errante le dejo todos los caminos, la manga real y trillos del cantón para que los recorra jalando canilla noche y día, a pata limpia y con sólo un bototo de agua; a mi hijo Vagoneta le dejo las calles del pueblo para que las aplane, así como unas acciones de la Vagation Company S.A.; a Terencio le dejo los bancos del parque para que allí se estaque a la salida del rezo y las noches de retreta, y mueva la sin güeso [sic.] y no deje títere con cabeza; a la niña Enriqueta le dejo el balcón de su casa para que se asome a mirar todas las tardes a su adorado tormento Menelao [...] ²⁰.

En el mismo artículo, Véliz describe el modo en que por esos años se leían los testamentos, al pie de los años viejos expuestos en la vía pública:

Cuando faltaban quince o veinte minutos para que las campanas de la iglesia repicaran indicando las doce de la noche, por tanto, el finalizar el año, el momento de la quema del muñeco y recibir al Año Nuevo, sobre una mesa se paraba uno de los muchachos organizadores de la fiesta

invitando a todos a escuchar el testamento. Se hacía un silencio impresionante, había grande expectación de los asistentes por saber quiénes eran los herederos y qué le dejaba a cada uno [...] El joven encargado de leer el testamento asumía poses dramáticas y actitudes tragicómicas: carraspeaba fuertemente varias veces, miraba a todos los asistentes, tosía y tosía y, por fin, hacía un breve silencio para dar el toque de suspenso y luego iniciaba la lectura²¹.

Resalta el protagonismo de los muchachos del barrio, quienes tomaban la iniciativa de congregarse a familiares y vecinos alrededor del “viejo”, que por lo general permanecía sentado toda la noche, en una silla o banco de madera, al pie de la casa o a la entrada del zaguán, con un puro o cigarro en la boca y un letrero que le colgaba del cuello, donde se leía su nombre o alguna leyenda alusiva, y rodeado de velas que se adherían al piso de madera.

Después del jocoso velorio se procedía a disponer la fogata donde debía arder. El muñeco era confeccionado con tela, cartón, paja, viruta y aserrín, y su rostro dejaba ver a un anciano de barbas blancas, por la careta que sobresalía sobre el muñón de tela rellena. Un valioso testimonio de cómo se confeccionaba el año viejo en la década de los treinta lo proporciona el profesor e investigador Hugo Delgado Cepeda:

Los muchachos seleccionábamos ropa usada de nuestro padre o hermanos mayores, saco y pantalón, camisa, medias, zapatos y corbata –que a veces por ser prestados los retirábamos antes de quemarlo– y rellenábamos estas prendas de vestir con viruta y aserrín, material indispensable que recogíamos del taller de carpintería de un artesano del barrio que cepillaba y aserraba tablas. Formábamos el cuerpo del muñeco con tela y lo cosíamos con agujeta de colchonero. Las manos las hacíamos con cartón o cartulina poniendo sobre ellas nuestros dedos, dibujándolos y luego recortándolos para añadirlos a los extremos de ambos brazos. La cabeza del “año viejo” la elaborábamos con las medias largas de nuestras hermanas, en la parte ancha de la pantorrilla, como cuando hacíamos las pelotas de trapo, la que rellenábamos con lana o algodón –y a veces con paja– y la cosíamos con el resto del cuerpo; después le colocábamos la careta que comprábamos en la pulpería del barrio, la que siempre, siempre, era la imitación de un anciano con barba y bigote blancos de algodón, con un cigarrillo en la boca. A todo el muñeco le poníamos abundantes pedazos de sal en grano, en terrones, que se vendía por libras, para que chisporroteara al arder, con unos pocos petardos²².

En algún momento, entre 1920 y 1930, los celebrantes dejan de utilizar máscaras –de hecho, el último registro que tenemos de jóvenes enmascarados, recorriendo las calles del puerto, corresponde a 1918–²³ y la fiesta callejera, poco a poco se convierte también en “bailes de sociedad” organizados por la burguesía, en los salones “exclusivos” de la ciudad:

Salón Dancing del American Park.

Hoy día 31 de Diciembre 1930.

Invitamos al culto pueblo guayaquileño a los grandes bailes de disfraz en el Salón



Dancing del American Park y en el Salón Aire Libre en donde se encontrarán Cenas y Licores finos al alcance de todos los bolsillos. Habrá también fuegos artificiales en gran escala incluso de un castillo para la despedida del Año Viejo Música por una competente orquesta desde las 5 p.m. Todos a gozar de un rato de sana alegría²⁴.

Sin embargo, la gran mayoría del pueblo continuaba divirtiéndose como antes: paseando, velando y quemando a los años viejos, recorriendo el malecón y bailando hasta el día siguiente, en medio de una verdadera algarabía callejera. Una crónica de la columna “Mirando a la calle”, del periódico El Guante, así lo destaca:

Como de costumbre, pasó anoche a las doce, el año de 1912, con reuniones alegres en muchas casas de la ciudad y con las tradicionales procesiones de los muñecos que representan el año viejo y que son incinerados a dicha hora en medio de algazaras, ruidos de cohetes, disparos de revólveres, toques de campanas, pitos, etc., etc., en fin, todo lo que hace ruido²⁵.

Buena parte de las reseñas de Fin de Año que hacen los periódicos de las primeras décadas del siglo XX, insisten en el carácter popular de la celebración y aunque a veces se la califica despectivamente como “costumbres del bajo pueblo”²⁶, no pueden desconocer la masiva aceptación que la fiesta de los años viejos va obteniendo en las diferentes clases sociales:

En el malecón la concurrencia era numerosísima y el trayecto se hacía casi imposible. Los balcones y edificios fiscales estaban llenos de familias [...] Eran las dos de la mañana y el entusiasmo de las fiestas no decrecía²⁷.

El 31 de diciembre era un día propicio para reunirse con la familia y los amigos, y pasar un momento de distracción. Y la fabricación del muñeco se convertía en un fabuloso pretexto para renovar lazos de amistad, resolver problemas o reunirse en un entorno más cercano. Incluso, quienes estaban presos por contravención, mantenían la esperanza de ser indultados cuando se acercaban las fiestas de Navidad y Fin de Año:

Con motivo de Año Nuevo, y a fin de que pasen con los muñecos que el vulgo denomina “años viejos” serán hoy puestos en libertad los contraventores que se hallen en la cárcel a órdenes del señor comisario 1º nacional. ¡Los infractores bendecirán piedad tanta!²⁸.

La participación e intervención de los policías y celadores durante las festividades variaba de acuerdo a las disposiciones de las autoridades respectivas. A inicios del siglo pasado había que pedir permiso a la Intendencia para llevar máscaras en la calle²⁹, por el peligro siempre latente de que ladrones infiltrados cometieran fechorías.

Por otra parte, debían evitar las constantes riñas que se formaban cuando un grupo de muchachos, en típico acto de “guapería”, arrebatava el año viejo a la “gallada” de otro barrio. Entonces, la policía irrumpía en la escena repartiendo porrazos a diestra y siniestra, para apaciguar la situación; así mismo, se detenía a quienes lanzaban cohetes y fósforos a la ropa de los transeúntes³⁰. Pero la principal preocupación para los agentes del orden siempre fue la potencial carga política que llevaban algunos muñecos y testamentos de Fin de Año.

Con el paso de los años, el tinte político de los años viejos aumenta. A ello contribuye, en gran medida, el papel que empiezan a desempeñar los sindicatos, gremios y asociaciones de trabajadores, así como algunas organizaciones de base, que a mediados del siglo XX se hacen cargo de la organización de la fiesta en círculos laborales y comunitarios.

En los años cuarenta y cincuenta, la visibilidad de los años viejos en la prensa guayaquileña se muestra ambivalente. Se registra no obstante el concurso organizado por el American Park en 1942; evento que constituye uno de los primeros intentos de masificar lo años viejos. Sin embargo, al año siguiente, los dueños del parque prefirieron montar un espectáculo de “fuegos artificiales y hermosos castillos”³¹. La razón de tal descarte pudo deberse a una campaña moralizante que levantó un sector de la prensa, a propósito de la utilización de nuevos tipos de petardos: los denominados “ratones”, que solían lanzarse a los transeúntes³².

En 1945, el Central Park –un parque de diversiones de carácter popular, ubicado detrás del convento de San Francisco, en pleno centro de la ciudad– promueve un concurso de años viejos que diario El Universo califica como “la nota más sensacional de este Fin de Año”³³; no obstante, en los días siguientes al 31 de diciembre, no hay ni una sola mención del evento³⁴. A pesar de este silencio, sabemos que los dueños del Central Park contrataron a artesanos para que fabricaran muñecos que representaban a los líderes del “eje fascista” y desfilaron años viejos pertenecientes a los diferentes barrios de la ciudad, pero sobre todo a “comités y organizaciones obreras”³⁵.

Así mismo, en 1951, miembros de la Asociación Deportiva Juvenil “Ismael Pérez Pazmiño” visitaron los velorios del barrio Garay para elegir el “mejor año viejo”, en interacción con los artesanos y habitantes de ese sector del oeste guayaquileño³⁶.

Las campañas moralizantes que a mediados del cuarenta atacaron la utilización de petardos y polvorines durante el festejo, apuntaron luego a las viudas. Personaje que se hiciera visible a inicios de los cincuenta³⁷, en medio de risas, curiosidad y polémica, en especial, por el fugaz travestismo que implicaba el hecho de que un hombre se vistiera de mujer e introdujera en su actuación ademanes, movimientos y gestos exageradamente femeninos. La que anotamos a continuación es una de las opiniones que surgieron, sobre las primeras viudas que se vieron en el país:

Pero la mentalidad popular con su humorismo ha retocado el ritual de esta media noche con la costumbre de los “testamentos” en que la ironía se solaza en formar parejas absurdas, en salpicar el enlace con la indirecta llena de malicia [...] ³⁸.



5



6



7

El relato anterior sugiere que las viudas aparecieron como personajes vinculados al ritual lúdico de cortejo, velatorio y lectura del testamento. Todos esos elementos son primordiales para entender la dinámica integradora de una sociabilidad de carácter barrial, que predominó, a pesar de las prohibiciones y los cambios de época.

Años viejos, política y esfera pública: el concurso de diario El Universo (1962-1993)

A mediados del siglo XX, los barrios de Guayaquil mostraban años viejos que representaban determinados aspectos, hechos o situaciones reales. Con el paso del tiempo se generó una práctica espontánea al interior de los barrios, las instituciones y las “galladas” para la organización de la fiesta y la puesta en escena de los años viejos, las cuales variaban según la capacidad económica de los participantes, y presentaban la posibilidad de expresarse de diversas maneras, lo que introducía ribetes de competencia. Las “galladas” mejor organizadas levantaban tarimas y representaban “cuadros” con años viejos y leyendas que generalmente aludían a la actualidad política, tanto nacional como internacional. Una nota periodística de 1961, destaca esa efervescencia:

[...] ayer, como en ningún otro año había podido observarse, aprovechándose de determinados motivos de orden político, tanto nacional como internacional, fueron recibidos años viejos representando figuras de personajes políticos, en tarimas o tribunas especiales, debidamente engalana[n]das con guimaldas multicolores, lo que aumentó la nota festiva del día y de la noche³⁹.

El 31 de diciembre de 1960, los transeúntes del centro espectaron, en medio de una pertinaz llovizna, murgas, paseos y “cuadros” en tarimas levantadas por “galladas”, clubes barriales deportivos, organizaciones universitarias⁴⁰ e instituciones como la Policía, la Marina y el Ejército.

Dos años después, en 1962, diario El Universo convocó a un concurso de años viejos, haciéndose eco de esta costumbre de arraigo popular en nuestro medio. En su primera edición, los directivos del diario entregaron un primer premio y un segundo premio, aunque al año siguiente, aumentó el número de reconocimientos.

Este concurso de 1962 fue un verdadero éxito por el interés de los barrios en inscribirse y la masiva afluencia del público. En su página editorial, El Universo pide a los concursantes que una vez concluido el festejo, la noche del 31, no se incineren los muñecos *“para que mañana (1º de enero) sean paseados en vehículos por todos los barrios, a fin de que quienes no pudieran concurrir al Boulevard puedan, sin embargo, deleitarse viéndolos”*⁴¹.

Entre los “cuadros” o *sketches* de ese primer concurso destacaron, por su número, aquellos que se ocuparon de temas políticos. El primer premio fue para los artesanos Raúl Cruz y José Cruz, padre e hijo, con un muñeco que representaba a José María Velasco Ibarra.

5: Año viejo que denuncia problemas entre Ecuador y los EE.UU. por el mar territorial. *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre, 1974.

6: Año viejo que representa el espacio de galanteo creado por las discotecas. *El Universo*, Guayaquil, 1 enero, 1971.

7: Año viejo en el que se denuncia problemas con el agua potable. *El Universo*, Guayaquil, 3 enero, 1984.

La Dirección de EL UNIVERSO ha Resuelto Promover un Interesante Concurso de Muñecos de Año Viejo

Bases Del Concurso de Muñecos de Año Viejo Organizado Por EL UNIVERSO

HABRA DOS PREMIOS, DE 1.000 Y 500 SUGRES, PARA LOS MEJORES MUÑECOS PODRAN PARTICIPAR LOS BARRIOS, CLUBES Y FAMILIAS, QUE SE ATENDAN A BASES PLAGADAS

1. Podrán participar en este concurso todos los habitantes que vivan en el sector de inscripción o los vecinos de este barrio.

2. Los cupones de inscripción se los repartirá en la tarde del día domingo 14 de Diciembre.

3. Los muñecos o paradas deberán exhibirse en las avencas de la tarde y de noche, desde el Miércoles hasta la Tarde del Viernes.

4. Los temas a representarse pueden ser de cualquier naturaleza, pero el Barrio no aceptará aquellos que sean perjudiciales o ofensivos.

5. El Barrio, estará organizado por los señores Alcalde de la Ciudad, Presidente de la Unión Nacional de Periodistas, Jefe del Consejo, Director de EL UNIVERSO, o sus representantes.

6. El Barrio inscribirá los muñecos y paradas desde las siete de la noche hasta las 12 p. m. y entregará los premios de forma inmediata.

7. EL UNIVERSO ha creado un premio de 1.000.000 en efectivo para el muñeco que el Barrio considere como el mejor y otro de 500.000 para el que lo siga en orden.

La Dirección de EL UNIVERSO, REGISTRO DEL FRENDO SOI en su plan de trabajo y. Los tres miembros del jurado calificarán las actividades del concurso el Miércoles desde el día -domingo- las reuniones de Octubre la noche del día de presentación en sesión que tiene lugar en el salón de la municipalidad. Concurso de Muñecos. Un premio de cinco y un de diez. Premio del jurado. La del jurado, por separado, se no reparte del premio, de un total de cinco del Jurado a los p. Muñecos que, respectivamente, informan a los señores de la Dirección.

Podrán participar en esta actividad cualquier persona que viva en el barrio, clubes o familias que se atiendan a las bases pagadas.

Las inscripciones se las repartirá en la tarde del día domingo 14 de Diciembre.

Que si fin de facilitar la vida económica de los habitantes de la zona que se vive en el barrio, se les repartirá en la tarde del día domingo 14 de Diciembre. Las inscripciones se las repartirá en la tarde del día domingo 14 de Diciembre. Las inscripciones se las repartirá en la tarde del día domingo 14 de Diciembre. Las inscripciones se las repartirá en la tarde del día domingo 14 de Diciembre.

8

FLECHAZOS

Por ROBIN



9

VIUDAS Y AÑOS VIEJOS

POR QUÉ SEIRA QUE A MI ESPOSO NO QUIJA NI QUE LE ABIGIEN LOS AÑOS VIEJOS?



10

En su segunda edición (1963), el número de barrios inscritos ascendió a 79 y esto desbordó la capacidad logística de los organizadores, por lo que se tuvo que ocupar la calle Santa Elena en su acera colindante con la 9 de octubre, para dar cabida a todos los barrios, gremios e instituciones participantes. Se otorgaron cinco premios y resultó ganador el barrio de Teniente Ledesma y Alcedo, en la persona del artesano José Genaro Ortega, quien años más tarde sería conocido bajo el seudónimo de “el mago del papel”. Ese año, el número de paseantes que recorrió la exhibición fue enorme:

[...] venían de más allá del río, de más allá del cerro, de más allá de los extramuros. Y venían del río mismo, del cerro mismo, de los extramuros mismos. Nadie se había quedado en casa, nadie había hecho oídos sordos al llamado de este Diario⁴².

Nuevamente, los muñecos que más llamaron la atención fueron los que representaban a personajes de la política, tanto nacional como mundial. A lo largo de la calle 9 de octubre, compartían tarimas Carlos Julio Arosemena, Don Buca, Velasco Ibarra y Nikita Kruschov. Junto a ellos, “Juan Pueblo” destacaba como el personaje más veces representado, siempre interrogando a los políticos, pidiéndoles cuentas o denunciando la corrupción.

En 1963 se instituyó además, el concurso de testamentos, con tres primeros premios. La ganadora fue Mina Rosalía Mateo León, que recibió 3.000 sucres. Le siguieron Hugo Torres Castillo con un premio de 2.000 sucres y Gustavo Andrade Torres con uno de 1.000 sucres. En los años siguientes, El Universo convocaría ambos concursos, más el de los “balcones engalanados” que se incorporaría después.

En 1964, a pesar del predominio de los *sketches* políticos, se produce un interesante acercamiento a ciertos temas que no habían sido tratados hasta ese momento: el mundo de la farándula aparece en escena con una representación de Los Beatles en plena “tocada”; y el primer “monstruo” del aún no tan influyente poder mediático: un cíclope con los brazos alzados, elevando la esfera terráquea, en actitud feroz. En la fotografía que publicó El Universo puede observarse una nutrida concurrencia de niños y niñas que admiran asombrados, la estampa de semejante criatura⁴³.

El 31 de diciembre de 1969, El Universo organizó un concurso de viudas que no volvió a repetirse, en una tarima levantada por Radio Cristal, en 9 de octubre y Boyacá. Los participantes modelaron frente a un jurado y “una masa exigente de espectadores que juzgaron sus hechizos, elegancia, porte y donaire”⁴⁴. Este fue un intento por “reglamentar”, de alguna manera, la actuación pública de las viudas, con el objetivo de evitar la presencia de delincuentes infiltrados que aprovechando la algarabía de Fin de Año, empezaron a cometer atracos haciéndose pasar por viudas⁴⁵. Años después, en 1979, un Intendente de Policía que llegó a ser Presidente del Ecuador y salió expulsado del poder por “incapacidad mental”, intentó prohibir las viudas y los no menos famosos “ratones”. Aunque decayeron en número, se siguieron viendo viudas en los ochenta, y en los noventa, aunque muchas menos. Hoy, esa costumbre de travestismo ritualizado prácticamente ha desaparecido en Guayaquil.

Con el concurso de El Universo se puso en valor una expresión popular que en su dimensión sociopolítica, ya se había convertido en un poderoso canal de exteriorización del descontento popular. Los años viejos

8: Anuncio de la primera edición del concurso de años viejos, convocada por el diario El Universo. *El Universo* Guayaquil, 28 diciembre 1962.

9: Caricatura por Robin. *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre, 1988.

10: “Viudas y años viejos”. *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre, 1969.

nunca estuvieron exentos de esta carga; siempre ha existido, a través del tiempo, la natural tendencia a manifestar los sentimientos y aspiraciones de una sociedad civil insatisfecha.

No obstante, el concurso de los años viejos que se organizó y produjo a gran escala en Guayaquil, entre 1962 y 1993, potenció una suerte de esfera pública alternativa a aquella "oficial" controlada por el Estado, los grupos de poder y los medios de comunicación.

En las tarimas que se levantaban a lo largo de una avenida principal con exposición de muñecos y escenas cómicas, el ciudadano común podía expresarse con mayor libertad, a pesar de los constantes choques con la fuerza pública, que sí se produjeron, sobre todo en periodos de dictadura civil y militar.

La tarima, como elemento simbólico ligado a la actividad electoral, reproduce algunos mecanismos que el político utiliza para llegar a las masas. Así, el artesano hacedor de años viejos o el individuo que actúa como ciudadano opinante, se apropia de los códigos de los políticos e invierte su relación con ellos, a través de la crítica a sus acciones desde el mismo lugar físico y simbólico (tarima) que aquellos utilizan para poder conseguir los votos de la gente.

A través de los años, el concurso visibilizó temas y representaciones dominantes en el imaginario colectivo, así como ideologías heterogéneas y variados discursos que podían enunciarse en términos de protesta, resistencia o apología a las interioridades del poder. Otro aspecto social que estimuló el concurso fue la formación de un gremio especializado de "muñequeros" o artesanos fabricantes de monigotes que contribuyeron a impulsar la vigencia de la tradición y a extender el mercado.

Los años viejos como producto sociocultural son más que un patrimonio intangible de los ecuatorianos. Simbolizan y representan la esperanza de millones de personas que una vez al año se congregan en un acto público para abrazarse, besarse, estrecharse las manos y compartir augurios de mejores tiempos, en un ritual purificador que los convoca y reúne en comunidad.

NOTAS

- 1 Apóstol que delató a Jesús a los romanos por treinta denarios. N. del E.
- 2 Rodrigo de Triana, "El Año Nuevo de doña Mariquita en los tiempos del garcianismo", *El Universo*, Guayaquil, 1 enero 1961.
- 3 Martha Tomalá de Florencia, "El año viejo, ¿una tradición ecuatoriana?", *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre 1972.
- 4 Fiestas que realizan en Valencia las vísperas de San José, patrón de los carpinteros, el 15 de marzo de cada año. Actualmente esta celebración, que parece haber tenido sus inicios en el siglo XVIII, tiene como elemento central la construcción y emplazamientos de "ninots", enormes muñecos, hechos de cartón de piedra, corcho blanco, etc., que representan en la actualidad acontecimientos o personajes destacados, cargados de crítica social. N del E.
- 5 Pedro José Huerta, *Guayaquil en 1842: Rocafuerte y la epidemia de fiebre amarilla*, Universidad de Guayaquil, Guayaquil, 1987, p. 139.
- 6 *El Grito del Pueblo*, Guayaquil, 1º enero 1898.
- 7 *El Tiempo*, Guayaquil, 1º enero 1901.
- 8 *El Tiempo*, Guayaquil, 2 enero 1901.
- 9 *El Tiempo*, Guayaquil, 1º enero 1901.

- 10 *Leyes y decretos de los congresos de 1885 y 1886 y decretos ejecutivos de la misma época*, Quito, Imprenta del Gobierno, 1887.
- 11 *El Tiempo*, Guayaquil, 2 enero 1915.
- 12 *El Guante*, Guayaquil, 1º enero 1919.
- 13 *El Guante*, Guayaquil, 1º enero 1916.
- 14 *Ibidem*, (el subrayado es mío).
- 15 *El Tiempo*, Guayaquil, 1º enero 1901.
- 16 *Ibidem*.
- 17 *Ibidem*.
- 18 *Ibidem*.
- 19 Ángel Véliz Mendoza, "Ya no se hacen ni leen testamentos antes de quemar a los Años Viejos", *El Universo*, Guayaquil, 29 diciembre 1981.
- 20 *Ibidem*.
- 21 *Ibidem*.
- 22 Hugo Delgado Cepeda, "Los 'años viejos' de la década de los 30" (artículo inédito facilitado por el autor).
- 23 El último registro que tenemos de jóvenes enmascarados recorriendo las calles del puerto, corresponde a 1918, en *El Guante*, Guayaquil, 1º enero 1918.
- 24 *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre 1930.
- 25 *El Guante*, Guayaquil, 1º enero 1915.
- 26 Léanse, por ejemplo, los titulares "¡Qué suerte!" (*El Guante*, Guayaquil, 31 diciembre 1918) donde se habla de los muñecos "que el vulgo denomina años viejos", y "Anoche en la ciudad", en que se reprocha a "los chicos del bajo pueblo, que no pueden olvidar la tradicional e inveterada costumbre de salir con sus muñecos" (*El Guante*, Guayaquil, 1º enero 1919).
- 27 *El Tiempo*, Guayaquil, 2 enero 1901.
- 28 *El Guante*, Guayaquil, 31 diciembre 1918.
- 29 *El Guante*, Guayaquil, 1º enero 1918.
- 30 *El Universo*, Guayaquil, 1º enero 1924.
- 31 *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre 1943.
- 32 Respecto a la campaña moralizante, véase *El Universo*, 1º enero 1943 y 21 diciembre 1945.
- 33 *El Universo*, Guayaquil, 30 diciembre 1945.
- 34 En el diario *El Telégrafo* tampoco aparecen comentarios sobre el concurso.
- 35 *El Universo*, Guayaquil, 30 diciembre 1945.
- 36 *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre 1951.
- 37 En la prensa no hay registro anterior a 1950 que atestigüe la existencia de las viudas. Tampoco lo recuerdan los informantes consultados.
- 38 *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre 1955.
- 39 *El Telégrafo*, Guayaquil, 1º enero 1961.
- 40 Ese año, la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, FEUE, organizó un concurso de años viejos, cuyo primer premio correspondió a los artesanos Raúl Cruz y José Cruz.
- 41 *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre 1962.
- 42 *El Universo*, Guayaquil, 1º enero 1964.
- 43 *El Universo*, Guayaquil, 2 enero 1965.
- 44 *El Universo*, Guayaquil, 31 diciembre 1969.
- 45 *El Universo*, Guayaquil, 1º enero 1968.

BIBLIOGRAFÍA

- Chávez Franco, Modesto
1998 (1930). *Crónicas del Guayaquil Antiguo*, Tomo 1, Guayaquil, Compañía de Cervezas Nacionales.
- Congreso
1887. *Leyes y decretos de los congresos de 1885 y 1886 y decretos ejecutivos de la misma época*, Quito, Imprenta del Gobierno.
- Delgado Cepeda, Hugo
s/f. Los "años viejos" de la década de los 30, ms.
- Festa, Enrico
1993 (1897). *Darién y el Ecuador. Diario de viaje de un naturalista*, Colección Monumenta Amazónica, Quito, Abya-Yala.
- Huerta, Pedro José
1987. *Guayaquil en 1842: Rocafuerte y la epidemia de fiebre amarilla*, Universidad de Guayaquil, Guayaquil.
- Pérez Pimentel, Rodolfo
1988. *El Ecuador profundo*, Tomo IV, Guayaquil, Editorial Universidad de Guayaquil

CARICATURA

Preço 20 centavos

